

de la estructura sociocultural. *b)* El pluralismo de los yos en el individuo es un reflejo del pluralismo de los grupos. *c)* La verdadera posición social de un individuo en el universo cultural está determinada por la totalidad de los grupos y de los estratos a que pertenece.

Mas no basta conformarse en el mundo moderno con cualquier forma de acción sociocultural. Es preciso lograr una solidaridad e integración cultural para la personalidad del individuo lo más completa posible. Y «si queréis tener un grupo solidario, haced que sus *convicciones jurídicas* y sus normas morales sean regidas por los principios del amor y de la ayuda mutua e inculcad estas normas tan profundamente en su personalidad que se convierta en su segunda naturaleza y se traduzca infaliblemente en las acciones y vehículos de las partes» (pág. 198).

ANTONIO EZEQUIEL GONZÁLEZ DÍAZ-LLANOS.

SVOBODA, Robert, y otros: *La vida, amenazada*. Razón y Fe. Madrid, 1969. 295 págs. (Traducción del alemán por M. Revuelta, E. Parra y J. Sobrino.)

Es un aldabonazo enérgico para las conciencias rectoras y élites intelectuales de nuestros días y para toda persona reflexiva y con espíritu crítico. ¿Nuestro estilo de vida, personal y colectiva, está a tono con el estado de los conocimientos científicos y con el «sprint» vertiginoso de los adelantos técnicos? Los «acelerones» y «demarrages» de la historia se están sucediendo en nuestros días a tal ritmo y con tal profusión que corremos el riesgo no ya sólo de «quedar descolgados», sino incluso de quedar «deshechos» y en la cuneta, al margen de la carrera por la conquista del espacio y del consumo masivo. El progreso es algo sustancialmente bueno y valioso para el hombre y para los conjuntos humanos, pero entraña en sí riesgos muy cualificados y crecientes para el desarrollo de la vida misma en sus soportes y estadios biofitológicos y biológicos en general. La vida en su conjunto—y más específicamente la salud y «forma» física del hombre—parecen afectadas de un modo funesto y potencialmente catastrófico y hasta apocalíptico por los «desafíos» múltiples del progreso. ¿No hablamos a todas horas de esas «enfermedades de la civilización»—corazón, nervios, cáncer, criminalidad—, que parecen convertir en pírricas todas las victorias del progreso? Junto a esas plagas de la sociedad del consumo y la técnica, están otros riesgos no menos graves: regresión biosomática general, debilitamiento y disminución de nuestra capacidad de resistencia y de trabajo e iniciativa. ¿Puede hablarse no ya sólo de la «decadencia de Occidente» sino de una regresión general de la humanidad y hasta de la vida en su conjunto? La misma centuplicación de la producción y del consumo parece condenarnos irremisiblemente a la obesidad suicida, al frenesí de lo nuevo y al envenenamiento crónico—progresivo y acumulativo—por las sustancias químicas con que «aliñamos» los alimentos o defendemos los frutos de nuestros campos contra las plagas. Ideologías del resentimiento

o del sadismo penitencial pueden llevarnos al suicidio consciente o preterintencionado. El envenenamiento de la misma tierra, del agua, del aire y de la atmósfera (radiaciones atómicas), el ruido, el tráfico, el tabaco y las bebidas alcohólicas, el amoralismo sexual, el consumo galopante e incontrolado de medicamentos, etc., son otros tantos ángulos de la civilización desde los que puede venirnos la catástrofe, individual y colectiva.

Pero no todo es negro y pesimista en esta obra: existen múltiples vertientes positivas del progreso. El ocio y los deportes se generalizan con ventajas decisivas para la salud; la alimentación puede ser más racional, variada y ajustada al ritmo de vida de cada uno; la mujer ha conquistado un puesto hasta en los estadios y olimpiadas; disponemos en un solo año de más energía y posibilidades de consumo, de educación, de promoción y hasta de libertad que generaciones enteras; la medicina va ganando batallas a la enfermedad y se ha lanzado a la gran empresa de conquistar la salud. Las esperanzas de vida crecen: ¿ciento cincuenta años para nuestros nietos? ¿La muerte misma llegará algún día a ser «una mala costumbre»?

La vida y la salud son don de Dios, del que somos responsables los hombres. Hay que ponerse—a pulso y muy conscientemente—a la altura del progreso y de los tiempos y *crear constantemente la propia salud y «forma»*. El cristiano sabe, además, que Dios se la ha dado para que con ella haga *también* el mayor bien que pueda a cuantos conviven con él.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

TRAPPE, Paul: *Zur situation der Rechtssoziologie*, en la colección «Recht und Staat», H. 369. J. C. B. Mohr. Tübingen, 1968.

Recoge este trabajo la lección solemne pronunciada por el profesor Trappe el 25 de enero de 1968 al iniciar sus actividades como catedrático en la Universidad de Kiel. Enlaza, según nos advierte su autor expresamente, con la introducción escrita en 1964 para la edición ese año de los *Vorstudien zu einer Soziologie des Rechts*, de Theodor Geiger; al estudio de la sociología del Derecho de ese autor había dedicado a su vez el profesor Trappe su tesis doctoral, del año 1959. Se trata, pues, de un tema cultivado por él con un bien definido interés y constante dedicación. Esto, unido a la claridad y precisión expositiva da por resultado proporcionarnos una síntesis de singular valor del panorama de la sociología del Derecho: su desarrollo actual y sus antecedentes, problemas más interesantes y contribución de la sociología del Derecho al estudio de éste, encuadramiento de la sociología del Derecho y de su problemática dentro de la sociología en general y finalmente relación de la estructura del orden social con el sistema político, en especial al democrático. Tal vez el número de páginas, aun sumando las de este trabajo que comentamos con las de la introducción a los *Vorstudien* de